

**CIUDAD, MARGINALIDAD Y VIOLENCIA EN *MAÑANA, LAS RATAS*
DE JOSÉ B. ADOLPH: ENTRE REALISMO Y CIENCIA-FICCIÓN**

RODJA BERNARDONI

Università di Pisa

**CITY, MARGINALIZATION AND VIOLENCE IN JOSÉ B. ADOLPH'S
MAÑANA, LAS RATAS: BETWEEN REALISM AND CIENCE-FICTION.**

ABSTRACT:

This paper aims to investigate the novel *Mañana, las ratas* by the peruvian-german author José Bernardo Adolph. Our intention is to analyze the book to point out how through science-fiction, a literary genre considered for many decades a marginal expression of the pe-

ruvian literary system, Adolph succeed in creating a text that, by representig the exclusionist dynamics and the conflicts between center and margin within the urban society of the 70's, un-masks the true nature of Power and of its strategies.

KEYWORDS: JOSÉ B. ADOLPH, CIENCE-FICTION, REALISM, EXCLUSION, DYSTOPIA

This work is licensed under the Creative Commons © Rodja Bernardoni
Ciudad, marginalidad y violencia en *Mañana, las ratas* de José B. Adolph: entre realismo y ciencia-ficción.

2017 | América Crítica. Vol. 1, n° 2, diciembre 2017: 167-182.

DOI: 10.13125/americacritica/3023



En *Vidas desperdiciadas*, Zygmunt Bauman sostiene que una de las consecuencias del sistema capitalista y de su difusión global es la producción de “«residuos humanos» o, para ser más exactos, seres humanos residuales” (Bauman 2005, 16). Estos son los individuos, continúa el filósofo, que, por ser considerados no aptos o incapaces a integrarse a la sociedad de consumo, quedan excluidos de todo proyecto de modernización. La metrópoli contemporánea, desde este punto de vista, es el lugar donde tales dinámicas se hacen más evidentes. En el espacio físico de la ciudad, los seres humanos residuales son marginados y empujados fuera de los límites extremos de la *civitas*, hacia el no-lugar donde el Poder, sobre todo en países en los que siguen vigentes los patrones y las estructuras del pensamiento colonial, puede ocultar y segregar todo lo que contradice sus sueños de perfección e infalibilidad. Guetos, favelas, barriadas, pueblos jóvenes; nombres distintos que apuntan a realidades cuyos rasgos distintivos son el degrado, la violencia, la anomía y donde el hombre, despojada de toda su humanidad, es reducido a opaca y amenazante otredad.

La literatura es desde siempre unos de los instrumentos privilegiados para auscultar, representar y reflexionar sobre estos fenómenos. A través de ella, las barreras entre el centro y el margen, entre sociedad oficial y sub-mundos urbanos se hacen más porosas y las voces silenciadas de los excluidos consiguen alguna vez tomar cuerpo y visibilidad (Cornejo Polar 2003).

El caso del Perú es un ejemplo muy interesante. Hacia el final de la primera mitad del siglo pasado, el país sufrió un rápido y caótico proceso de transformación que afecta de forma radical sus equilibrios sociales y económicos: la crisis de la economía rural del latifundio y la secular condición de segregación de las mayorías indígenas en la zona andina y los amagos de un frágil y engañoso desarrollo económico en la costa desencadenan masivas olas de migraciones. Miles de personas por más de una década confluyen hacia las zonas urbanas y sobre todo hacia Lima, originando una arrolladora explosión demográfica. La avalancha de migrantes que llega a la capital peruana acaba por colonizar cada espacio disponible en la urbe, y desbordar hacia las zonas externas, donde acaban surgiendo aquellos asentamientos

improvisados que, poco a poco, anillo tras anillo, van cercando la ciudad oficial. Nacen las primeras barriadas. La narrativa peruana de aquellos años no tarda en enfrentarse a la nueva realidad urbana. Un primer intento de representar los procesos desencadenados por estas transformaciones se registra con la publicación de las obras de los escritores de la llamada generación del 50. En los cuentos y en las novelas de Enrique Congrains Martín, Julio Ramón Ribeyro y Carlos Eduardo Zavaleta encuentran cabida y son tematizados fenómenos como la turgurización de los espacios, la lumpenización de la población de migrantes, la andinización de la capital, las tensiones y las desilusiones generadas por el fallido intento de modernizar el país (Gutiérrez 1988). En pocos años otros narradores se suman, con resultados deslumbrantes, a la tarea inaugurada por estos autores. Entre los años 60 y 70 aparecen obras como *Lima la horrible* (1964) de Salazar Bondy, *La ciudad y los perros* (1963) y *Conversación en la catedral* (1969) de Mario Vargas Llosa, *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971) de Arguedas y también los primeros textos de los integrantes del grupo literario Narración; *Los inocentes* (1961) y *En octubre no hay milagros* (1965) de Oswaldo Reynoso y *Los hijos del orden* (1971) de Luís Urteaga Cabrera. Debido al exacerbarse de las condiciones sociales y políticas del país, en todas estas obras

las críticas a la realidad peruana se hacen más contundentes y más políticamente orientadas hacia el marxismo y los ideales revolucionarios. De hecho, en poco menos de una década, las contradicciones y las tensiones que venían incubándose desde la primera mitad del siglo, estallan en una duradera crisis política: entre 1958 y 1963 se producen los mayores alzamientos indígenas del siglo XX°, en 1965 se desatan las guerrillas del MIR (Movimiento Izquierda Revolucionaria) y del ELN (Ejército de Liberación Nacional), en 1968 se realiza un golpe contra el presidente Fernando Belaúnde Terry que lleva al poder el general Juan Velasco Alvarado, que después haber intentado introducir algunas reformas de carácter progresista, es a su vez derrocado, en 1975, por el ala más conservadora del ejército liderada por el general Morales Bermúdez. A finales de los 70, en plena Guerra Fría, con el colapso del gobierno de los militares y la vuelta a la democracia, la situación alcanza el punto de ruptura: en 1980, con el inicio de la insurgencia de Sendero Luminoso, se inaugura uno de los más sombríos periodos de la historia del Perú que hasta 1992 sumirá el país en la violencia y en el caos.

Entre las producciones narrativas que en esos años continúan a ocuparse de la representación de Lima y de sus millones de habitantes (Cornejo Polar 2008), encontramos un texto de extremo

interés que, a pesar de colocarse al borde del sistema literario peruano oficial, dominado por las varias declinaciones del realismo, se revela una de las obras más lúcidas y eficaces en representar y reflexionar sobre la situación que acabamos de esbozar; se trata de la novela de ciencia-ficción, *Mañana, las ratas*, escrita en 1977 y publicada en 1984, del escritor de origen alemán José B. Adolph. Sin adentrarnos en el análisis de las causas socioeconómicas (Cornejo Polar 1984) y culturales (Stagnaro 2012; Kurlat Ares 2012; De Vivanco 2010; Salvo 2004) de la escasa fortuna y difusión de este tipo de literatura en el Perú del siglo pasado, nos limitaremos aquí a estudiar la forma en que, en el contexto de la narrativa urbana de la época, Adolph consigue de forma paradójica utilizar la estructura y los temas de la novela de anticipación, uno de los sub-géneros más conocidos de la ciencia-ficción, para elaborar una representación literaria firmemente anclada a la realidad de la sociedad y de las dinámicas políticas y antropológicas que sacudían el Perú y la Lima de finales de los 70 (Stagnaro 2012, 148). De hecho *Mañana, las ratas*, como mucha de la producción literaria de Adolph, se resiste a ser encasillada dentro categorías fijas; si bien el texto se entronca, por su dimensión científico-ficcional, en la tradición de las grandes novelas distópicas como *1984* de Orwell, *Un mundo feliz* de Huxley, *Nosotros* de Za-

miatin o *Fahrenheit 451* de Bradbury, su evidente y prepotente relación con un referente histórico y social concreto y reconocible lo asimila a las narraciones de matriz documentalista y politizada de los autores que en los años en que se compuso la novela se proponían retratar y analizar el Perú y sus transformaciones.

La novela se desarrolla en Perú en 2034; los estados-naciones han desaparecido y en su lugar las grandes corporaciones transnacionales norteamericanas, reunidas en un Directorio Supremo, gobiernan parte del mundo, en competición con el bloque del Imperio Asiático. En este nuevo mundo, donde a la política se han sustituido las lógicas de mercado, los nuevos dominadores ejercen un control capilar sobre los individuos a través de la gestión del sexo, de los varios placeres y de toda actividad que fomente el individualismo y la atomización social (Honos 2008). Perú, como casi todos los otros países, ha dejado de existir como tal y ha pasado a formar parte de unos de los Directorios Regionales que rigen Sudamérica por cuenta del Directorio Supremo. La acción principal de la novela arranca en Lima, capital de Sudamérica Oeste, el 18 enero de 2034, aniversario de la fundación de la ciudad. El protagonista Tony Tréveris, funcionario de la empresa Stimudrinks, tiene que recibir el emisario del Directorio Supremo, Linda

King que llega para inspeccionar y evaluar el trabajo de la sucursal del Sur. A pesar de los progresos científicos y tecnológicos alcanzados, en el futuro imaginado por Adolph, las clases dominantes del país no han conseguido resolver aquellas criticidades de las que, por los mismos años de la publicación de la novela, José Matos Mar hablaba en su introducción al libro *Desborde popular y crisis del Estado*:

El nuevo rostro que pugna por emerger de la actual confusión de la vida nacional nos obliga a meditar muy seriamente sobre nuestro futuro destino, tomar conciencia de su significado y encontrar las estrategias que la historia nos enseña en función de lo que somos y podemos como sociedad de múltiples legados. ¿Construimos nuestro destino o aceptamos un futuro incierto? El Perú, sociedad del Tercer Mundo, puede y debe encontrar la manera de liberarse de su condición internacional subordinada. Abrir su propio camino al socialismo. Recogiendo selectivamente lo positivo que ha surgido en las últimas décadas y aprendiendo de la historia, es posible encontrar el camino de construcción innovadora que, a través de una autocrítica fecunda, nos permita forjar una sociedad de bienestar común, pluralista, justa y solidaria. Pensar y actuar con estrategia audaz y firme. Construir una unidad nacional que supere los fracasos de la República Criolla y abra las puertas al Perú del año dos mil (Matos Mar 1986, 20).

Unos de los principales rasgos de la ciencia-ficción es, como escribe Jameson,

la capacidad de conseguir desfamiliarizar y reestructurar nuestra percepción del presente para que podamos volver a contemplarlo sin aquellos fantasmas y estereotipos que nos impedían de abarcarlo en toda su complejidad y profundidad (Jameson 1982, 151). Esta idea describe de forma cabal lo que acontece en *Mañana, las ratas* donde la convulsa realidad de Perú de fines de los setenta se traslada a un lejano futuro. En la ficción novelesca, Adolph lleva a sus extremas consecuencias los males de su tiempo; Lima es una megalópolis de más de veinte millones de habitantes y las barriadas han invadido toda la ciudad; Miraflores y San Isidro se han transformado en zonas marginales; el centro de Lima, vaciado de los símbolos del poder político (Adolph 1984, 18) es un páramo desolado, frente al cual el protagonista no puede no experimentar angustia y desaliento:

Siempre le producía el mismo shock de melancolía rabiosa el cruce de lo que, en su niñez, todavía insistía en considerarse el centro de Lima. Curiosamente ahora lo era más que antes geográficamente hablando. Ya alrededor del año 2000, cuando Tony tenía once años, lo que en tiempos se había llamado el cuadrado o el damero de Pizarro, la Lima de los fundadores era un turbio hacinamiento del cual solamente podían recorrerse sin mucho problema las avenidas anchas (Adolph 1984, 17).

En esta ciudad-gueto, las clases altas

viven encerradas en mansiones-fortalezas, protegidas por soldados, bajo la permanente amenaza de motines y atentados organizados por la secta de los Católicos Ortodoxos y las “ratas”, categoría sub-humana que en el nuevo orden ha desplazado el antiguo léxico de la exclusión y en la que se subsumen todos aquellos individuos residuales a los que se refería la cita de Bauman. Como nos explica el protagonista: “[...] las familias voraces que acabamos por llamar «ratas», porque reaccionaban en forma tan parecida al ser humano, servían para hacer experimentos, se reproducían velozmente y transmitían todas las enfermedades” (Adolph 1984, 47). Sin embargo en el Perú del nuevo orden económico y social, como el mismo Tréveris confiesa en cierto momento, sobreviven trazos de la herencia racista procedente del pasado colonial: los criterios según los cuales se definen las ratas no se deben únicamente a los mecanismos de exclusión clasistas impuestos por el hipercapitalismo de las corporaciones sino, tal como en el presente, a las discriminaciones que desde siempre acompañan el discurso hegemónico en Perú (Manrique 2002): “[...] las abominaciones que la mala suerte imponía al Tercer Mundo Los cholos, los negros, los indios, los zambos, los asiáticos, todos se habían transformado, con sencillez abrumadora en ratas” (Adolph 1984, 70). La persistencia de la herencia colo-

nial aparece evidente también en la conducta de las élites locales, que en la novela reproducen de forma exasperada los viejos patrones de dominación del que habla Aníbal Quijano en *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*, identificándose acríticamente con el proyecto hipercapitalista del Directorio Supremo, del que presumen formar parte, pero, al mismo tiempo, quedando atrapados en la perpetua repetición de los mecanismos de una sociedad precapitalista y subalterna (Quijano 2000, 235). Representante de la ideología dominante y al mismo tiempo miembro de la sociedad local, Tony Tréveris encarna todas las contradicciones de su mundo; producto perfecto del sistema educativo central del Norte y de Europa, el personaje demuestra por gran parte de la novela una ciega e inquebrantable fe en los dictámenes y en las acciones del Directorio Supremo, para él insustituible e inderrocable (Adolph 1984, 29):

–Habiendo libertad –dijo– todo lo demás se resuelve solo. Esa es la gran lección que nos dió el siglo veinte, y, en general toda la historia. La política, nos dice la historia, es un asunto demasiado serio para abandonárselo a los políticos. En este nuevo milenio, amigo, triunfan el internacionalismo, la comprensión, la tolerancia, la libertad. No hay dogmas, no hay ideologías no hay cadenas mentales ni fanatismos. Eso es lo que quieren destruir los reaccionarios, sean católicos, ultras o marxistas asiáticos (Adolph 1984, 36).

Sin embargo, más allá de las ideas que profesa, Trevéris ha sido modelado, como los otros integrantes del directorio regional y como la sociedad peruana del presente, por los condicionamientos de su entorno y de su estamento; a lo largo de la narración, Tony muestra, al referirse con insistencia a la Lima de su infancia y de los cuentos de sus padres, las marcas de la misma nostalgia de la que hablaba Salazar Bondy en *Lima la horrible* (Stagnaro 2012, 155); una nostalgia que alimentándose de las representaciones librescas e idealizadas del pasado de la capital para reforzar el mito de la hegemonía y de la superioridad de las clases dominantes, conduce a negar, ocultándolos, los aspectos más problemáticos e inquietantes de la realidad. Esta actitud, que Tony comparte con otros personaje de la narrativa de aquellos años como por ejemplo los parroquianos del club de *La piel de un indio no cuesta caro* de Ribeyro o el Varguitas de *La tía Julia y el escribidor* de Vargas Llosa, aparece de forma evidente en varios momentos de la novela; uno de los más significativos es el del diálogo entre Linda King y el protagonista sobre el porqué se hayan dejado de utilizar los ordenadores para controlar y anticipar las acciones de las ratas. En esta secuencia Tony increpado por las preguntas de Linda no consigue encontrar una justificación racional al operado del directorio, y de forma casi pavloviana

reacciona intentando demostrar a su huésped la inutilidad de la aplicación de instrumentos tan avanzados en la lucha contra seres tan primitivos e impredecibles como “las ratas”:

No hay verdadera lógica ni comportamientos realmente racionales en el Tercer Mundo. Eso sólo lo descubrí viviendo entre ustedes. Cuando hay cierto nivel, o mejor dicho, cierto subnivel de existencia humana masificada, las multitudes revierten a comportamientos prehumanos. No es un simple chiste que los llamemos ratas. Se comportan como esas ratas de laboratorio a las que se sometía a experimentos de hacinaamiento y estreches, y que reaccionaban psicóticamente, mordiéndose a sí mismas y a las demás (Adolph 1984, 90).

Para Rolena Adorno en el sujeto colonial: “La exigencia de definir el carácter del otro es el auto-reconocimiento por el sujeto de la necesidad de fijar sus propios límites” (Adorno 1988, 66). De la misma forma, como acabamos de ver, Tony Trevéris, incapaz de concebir su mundo y su lugar en él sin los esquemas y los estereotipos del pensamiento colonial, intenta reafirmar la validez de su sistema de valores a través de aquel escamoteo discursivo típico de la retórica colonialista que, congelando al otro en una alteridad animalizada y amenazadora, le permite autorepresentarse como único portaestandarte de los valores de la civilización y de la racionalidad. Pero, como veremos, detrás de esas fantasías de do-

minio, se esconde una realidad bien distinta; el Directorio Supremo y su emisorio Linda King, están profundamente contrariados por la gestión del poder local. Ignorando las directivas centrales dictadas por los ordenadores, solo para poder preservar la integridad de su ensoñación social, los representantes del directorio de Sudamérica Oeste, se han revelado elementos disfuncionales e ineficientes del mecanismo de transmisión y de administración del Poder:

Si supiera..., pensó Linda, mirándolo respirar bajo el reflejo de esa luna abandonada ya, tras unos años de inútil esfuerzo por establecer en ella colonias permanentes: si supiera que ya hay quienes piensan en mandarlo todo al tacho, en abandonar el tercer mundo a su estúpida suerte, inclusive en acabar con todo vía bombas N, Napalm, láser o una combinación de todo eso y algo más. Si supiera que ya hay quienes, hasta en le Directorio Supremo o en los silenciosos pasillos de los gigantes tecnocráticos del hemisferio norte, sueñan con una incalculable Sodoma y Gomorra, con una multiplicación al infinito de ese baño de fuego que ayer desencadenamos sobre unas cuantas manzanas del valle de Lima (Adolph 1984, 75).

Frente a la debilidad y a la ineptitud de sus asociados sudamericanos, el Directorio Supremo ha decidido decretar la destitución de su sucursal regional y, una vez averiguada su verdadera fuerza, pactar con los Cat-Ox y con su líder, el Cardenal Negro, para que sean cooptados en

la administración del Perú y de la capital:

El Directorio Supremo deseaba saber cuál es su poder real y si se puede llegar a un acuerdo con ellos. La respuesta que les llevo coincide exactamente con el análisis situacional que nos habían dado las computadoras de California. El régimen, aquí en Sudamérica Oeste y probablemente en otras regiones, se ha dejado aislar demasiado de la realidad. Su ceguera, su indiferente prepotencia, su desvinculación con la sociedad que dice administrar alcanzan un factor superior al noventa por ciento. Y en cuanto a un arreglo con los Cat-Ox, la respuesta es igualmente positiva. No es nuestro ideal ni muchos menos, pero lo que nos interesa fundamentalmente no es enamorarnos de quienes administran el Tercer Mundo, sino que se mantenga la relación de fuerzas internacional y el sistema a nivel mundial (Adolph 1984, 140).

El despertar a la realidad de su condición de objeto del discurso colonial e imperialista del Directorio marca para Tony Tréveris el fin de su mundo y de todas sus convicciones; despojado de sus ilusiones el protagonista tiene que aceptar la verdad que emerge de los escombros de su antigua vida y reconocer que todos ellos, no han sido más que ratas, mordiéndose la una con la otra en una experimentación llevada a cabo por el Directorio Supremo y sus ordenadores:

Yo, Tony Tréveris, un hombre de mi tiempo y de mi clase –ahora que ya no hay clases, muchacho–, nací creyendo y, como suele suceder, me he encontrado con que tenía arena entre mis dedos. Mi gente me

ha traicionado, y mis enemigos no son, realmente, enemigos. No hay nadie en el mundo, excepto yo corriendo por unas callejas oscuras de la mano de una mujer, y comienzo a creer que soy un fantasma entre fantasmas. Estuve demasiado ocupado para soñar y, apenas surge una posibilidad de hacerlo, descubro que todo es un inmenso sueño o que todo es una fría realidad blanca sin matices de ninguna clase, que viene a ser, en el fondo, exactamente lo mismo (Adolph 1984, 149).

El Directorio Regional lejos de formar parte del Poder, como pensaba el protagonista, no es sino un engranaje más de un nuevo y más perfecto orden colonial, cuyos reales intereses y objetivos sobrepasan los de sus afiliados menores. Como sostiene Lucero de Vivanco, subrayando como a partir de la relación que se establece en la novela entre las fechas del 18 enero de 2034 y la del 18 enero de 1535, fundación de Lima:

[...] parece que la novela estuviera queriendo describir una temporalidad circular viciosa, además de históricamente densa: un apocalipsis que se expresa como el fracaso de un sistema que prolonga el mundo colonial, consumando de paso la derrota del Estado-nacional, pero que intenta reinstaurar, *mutatis mutandis*, el mismo orden que busca suplantar (De Vivanco 2010, 11-12).

En este eterno retorno de la colonia, las relaciones dominado/dominador, centro/margen sobre las cuales se fundaba la sociedad gobernada por el Directorio Re-

gional pierden relevancia y desaparecen, englobadas por una serie de nuevas dicotomías que se generan a partir del descubrimiento de la persistencia, al interior un mundo supuestamente unificado bajo el estandarte del hiperliberismo, de relaciones de dependencia entre Norte y Sur, que no pueden no recordar las agresivas políticas imperialistas norteamericanas en América Latina de aquellos años; 'ratas' y élites locales son perfectamente equivalentes a los ojos del verdadero Poder, cuyo único objetivo es el deseo de perpetuarse y reforzarse. Cada día más aislados de la realidad, los dirigentes regionales no han podido entender que detrás de las continuas insurrecciones de ratas se escondía el progresivo emerger y formarse de una nueva sociedad (Adolph 1984, 76), demostrando de hecho ser incapaces de controlar su propio mundo y salvaguardar los equilibrios requeridos y auspiciados por el sistema central. Los Cat-Ox, evolución futurista de la Iglesia, demuestran, en cambio, poder controlar las masas y obtener consenso: dos elementos que los convierten en interlocutores privilegiados para el Directorio Supremo:

– Bien – comenzó el Cardenal–. Comenzaremos con algunas estadísticas. Por ejemplo, ésta: Lima, en este 19 de enero de 2034, tiene en realidad no menos de 20 millones de habitantes, y no los 15 que ustedes creen o dicen creer. De eso 20 o más, solo unos 19 millones son los que ustedes lla-

man con demoniaca soberbia - y discúlpenme-, ratas. A esas ratas el Directorio Regional y lo que éste representa, les han dado la espalda, así como en tiempos de nuestro Señor Jesucristo los escribas y los fariseos y los mercaderes habían dado la espalda al pueblo de Israel, con la consecuencia de que ellos mismos se colocaron en la posición más apropiada para recibir una patada en el trasero (Adolph 1984, 104).

Como durante la Conquista y la Colonia, cuya presencia en el texto, como dijimos, desarrolla un papel central en la estructuración del significado de la acción novelesca, el Poder real encuentra en la Iglesia y en la Religión dos valiosos aliados en la preservación del orden establecido. “[...] o las ratas los devoran a todos ustedes, o nosotros las controlamos y las guiamos hacia el reino de Dios” (Adolph 1984, 133), concluye el Cardenal Negro; y el establecimiento del “Reino de Dios” será exactamente la forma de control que el imperio aceptará que Los Cat-Ox impongan, con tal de mantener su dominio sobre los territorios de Lima y del Perú:

Hemos pasado el tiempo, previsto en los textos, de la muerte de las Naciones, y el enorme Templo que es la Tierra, que nos fue entregada, en fideicomiso y no en propiedad, por el Dios de la Ira y del Amor, ha sido víctima de la última, de la más despiadada y completa de las profanaciones. No, como se pensaba, por medio del horrendo holocausto de una guerra nuclear o de una guerra químico-bacteriológica, al menos no a nivel planetario, pero sí a través de la

reptante implantación del reino de Lucifer sobre las mentes, los corazones, los cuerpos y, ah, dolor, hasta de las almas de los hombres. Pues bien. No he venido aquí a darles una clase de historia, sino a afirmar que las huestes de Dios están ya dispuestas a emprender la batalla definitiva contra el Mal que se ha adueñado del mundo. Y a preguntar a ustedes, en nombre de Dios, qué van a hacer al respecto (Adolph 1984, 105).

La inacción de las clases dominantes y su fracaso antes las crisis estructurales de la sociedad peruana (Manrique 2002, 41-60), así como en la realidad, abren las puertas al establecimiento de una teocracia fanática y autoritaria, que desde cierto punto de vista guarda numerosos parecidos con el proyecto político y social que de ahí a pocos años hubiera intentado poner en marcha *Sendero Luminoso*. Como admite la enviada del Directorio, Linda King: “- Míralos, Tony. Esa gente aceptará cualquier fanatismo radical, cualquier promesa demagógica. Viven en el infierno y el purgatorio sería, para ellos, el más utópico de los paraísos” (Adolph 1984, 412). Se podría decir, entonces, parafraseando el título de uno de los más famosos *caprichos* de Goya, que para Adolph el sueño del poder genera monstruos; la barbarie y el fanatismo que emergen de la utopía corporativa del Directorio se revelan en última instancia efectos secundarios de la dominación capitalista y de sus aporías, a diferencia de

lo que acontece, por ejemplo, en algunas novelas publicadas en los mismos años como *La Guerra de la fin del Mundo* (1982) o *Historia de Mayta* (1984) de Vargas Llosa, donde en cambio éstas son el producto del primitivismo y de la irracionalidad achacados a los sectores marginales. En su esencia profunda los modelos de dominación del Directorio y de los Cat-Ox, estriban, como confiesa el Cardenal Negro, sobre un mismo principio:

El ocio es nuestro negocio: ¿no ha notado ustedes que todas las instituciones de la historia, religiosas, cívicas, militares, políticas, coinciden en por lo menos una cosa: en el rechazo del ocio? También coinciden en creer en su obligación de perpetuarse, pero el combate al ocio es fundamental. El ser humano debe ser obligado, siempre a estar ocupado. Antes era con la esclavitud, el trabajo. Luego, por razones que no es el caso detallar ahora, fue la organización del creciente tiempo libre. Trabajo, hobby, voluntariado social, actividad políticas, sexo, espectáculo... Todo, Tréveris, todo sirve para llenar el tiempo. El relajamiento del poder sobre los hombre y –eso lo sabían Jesucristo, Marx, Freud, Mao, Ngoro y los sabían los predicadores y los pornógrafos comerciales, los seminaristas y los soldados, las madres y los ejecutivos– destruye la convivencia socializada (Adolph 1984, 130).

Pero los parecidos entre las dos organizaciones imaginadas por Adolph, en los mismo años en que algunas de las más feroces dictaduras de la historia ensangrentaban el continente americano,

no se acaban ahí; las doctrinas del Directorio Supremo, analizadas de cerca, revelan de hecho destellos y tonos que hacen pensar en una visión del mundo de carácter teológico y religioso. En el final de la novela Tony Tréveris descubre que todo el mundo, inclusive los territorios del Imperio asiático, está bajo el control de los ordenadores a quienes los líderes mundiales, que ahora viven en una estación orbital, han traspasados todos su poderes por miedo a la falibilidad humana. Frente a esta revelación el protagonista no puede no pensar en las implicaciones filosóficas y religiosa que un tal acto conlleva:

Era el súmmum del poder pero, al mismo tiempo su negación. El cenit del poder se dijo, y en ese preciso momento el hombre abdica. ¿Es el hombre el Padre, y las computadoras el Hijo? ¿Son ya las computadoras, como insinuó alguien el siglo pasado, la forma más alta de vida inteligente en la tierra? ¿Los padres superados por sus criaturas? ¿Parricidio? ¿O todo esto no era sino especulación barata y aterrorizada, como las de los salvajes que adoraban al rayo y al trueno? (Adolph 1984, 171)

La compulsiva búsqueda de nuevos medios para consolidar y perpetuar la utopía del Directorio, se resuelve en la creación de una metafísica del poder que transforma los ordenadores, inicialmente simples instrumentos de administración, en objetos casi divinos; frente a las angustias y a las incertidumbre proceden-

tes de la gestión de un mundo que ya no entienden y no consiguen controlar, los miembros del Directorio Supremo renuncian a su poder y a su libre albedrío para someterse de forma casi mística a la voluntad y los planes de las máquinas, como explica el presidente del directorio: “[...] las computadoras – dijo Simmons – Hermosas y útiles máquinas, más sabias y racionales que doce o quince personas sometidas a sus hígados, vesículas, corazones y neurosis, Tréveris” (Adolph 1984, 168). La sociedad hipertecnológica, pragmática y desideologizada que al comienzo de la novela, nos venía presentada a través de la mirada entusiasta del protagonista como el mayor logro de la racionalidad occidental, revela finalmente padecer los mismos males de su colonia sudamericana y no ser más que una versión complementaria de la utopía mesiánico-milenarista que los Cat-Ox quieren imponer. El proyecto final que las computadoras han ordenado poner en marcha para salvaguardar su mundo, evidente referencia al éxodo del antiguo testamento, es una prueba fehaciente de la identidad entre las dos visiones: pocos elegidos guiados por Tony tendrán que viajar a Plutón, nueva tierra prometida, y fundar una colonia en el subsuelo para que en un futuro próximo, todos los miembros de las élites mundiales y los ordenadores puedan abandonar la Tierra. Pero, como sugiere Giancarlo Stag-

naro (Stagnaro 2012, 159), el antagonismo entre dos sujetos que se conciben como expresión de instancias absolutas solo puede resolverse con la aniquilación de uno de los dos: con un final sorpresivo, la novela se cierra con la imagen de un misil con el símbolo de los Cat-Ox que está a punto de destruir la estación orbital y cancelar el entero Directorio Supremo. José Adolph nos deja así vislumbrar una última y quizás definitiva verdad: los ordenadores, concebidos para suplir a las limitaciones del ser humano, acaban por interiorizar las pautas discriminatorias del pensamiento de sus creadores y decretar que toda la humanidad sin distinción alguna es marginal; en un juego de cajas chinas se cumple circularmente lo que, quizás, se anunciaba en el título de la novela, todos los seres humanos se encuentran convertidos en ratas en el mañana que el autor imagina. La momentánea victoria de los Cat-Ox solo sirve de catalizador para esta transformación; como sostiene el mitólogo italiano Furio Jesi aunque la revuelta comporte la suspensión del tiempo histórico, esta no es más que un intervalo aislado, después del cual el dispositivo normalizador de la sociedad vuelve a funcionar, revelando como todas las oposiciones bien/mal, vida/muerte, libertad/opresión son en realidad oposiciones colaborativas (Jesi 2014). Para Adolph, en la historia de occidente no existen ni un verda-

dero progreso ni una verdadera emancipación social, sino una perpetua presencia de un mismo Logos autoritario que cíclicamente vuelve a renovarse en formas y modalidades distintas. Esta es la trágica certeza que emerge del vacío dejado por el derrumbe de toda posible ilusión con que se concluye *Mañana, las ratas*; hasta cuando el ser humano no deje de quedarse encandilado frente al Poder y a sus símbolos estará condenado a repetir los mismos errores y a quedar atrapado en un eterno ciclo de sumisión y marginación. Abandonados a su destino por los dioses digitales, todos los hombres se encuentran a vivir en mundo aún más lóbrego de la Lima de los Cat-ox, un enorme lugar de detención donde como escribe el filósofo y urbanista Paul Virilio en su libro *la inseguridad del territorio* "La expiación es [...] general" (Virilio 1999, 36).

En este breve recorrido de la obra he-

mos podido apreciar como en un contrapunteo entre presente y futuro, ficción y realidad, José B. Adolph consigue utilizar, en *Mañana, las ratas*, la ciencia-ficción, en un época en que en las narrativas peruanas parecían encontrar cabidas de forma casi exclusiva enfoques de matriz realista o mágico-realistas, para articular unas de las más sugestivas y clarividentes representaciones de una realidad tan compleja y conflictiva como la de la sociedad urbana del final de los años 70 del siglo pasado; una representación que además de capturar unos de los momentos más complicados y violentos de la historia reciente del país funciona también como una profunda y pesimista meditación sobre el Poder en todas sus manifestaciones, que dirigiéndose a la conciencia del lector le insta a mantenerse dudoso e insumiso frente a todas sus manifestaciones.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Adolph, José B. 1984. *Mañana, las ratas*. Lima: Mosca azul.
- Adorno, Rolena. 1988. "El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 14, No. 28: 55-68.
- Bauman, Zygmunt. 2005. *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Traducción de Pablo Hermida Lazcano. Barcelona/Buenos Aires/México: Paidós.

- Cornejo Polar, Antonio, y Luis Fernando Vidal, eds. 1984. *Nuevo cuento peruano*. Lima: Mosca Azul.
- Cornejo Polar, Antonio. 2003. *Escribir en el Aire: Ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas*. Lima/Berkeley: Latinoamericana Editores.
- Cornejo Polar, Antonio. 2008. *La novela peruana*. Berkeley/Lima: Latinoamericana Editores.
- De Vivanco, Lucero. 2010. "Apocalipsis (post-bicentenario) en la ciudad de Lima. Representaciones de la 'modernidad' y la 'nación' en *Mañana, las ratas* de José B. Adolph". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 36, No. 71 (primer semestre): 237-54.
- Gutiérrez, Miguel. 1988. *La generación del 50: un mundo dividido*. Lima: Labrusa
- Honores, Elton. 2008. "El sujeto programado y la ciudad distópica en *Mañana, las ratas*". *El hablador* 15. Último acceso 19/08/2017. http://www.elhablador.com/est15_honores1.htm
- Jameson, Fredric. 1982. "Progress versus Utopia; Or, Can We Imagine the Future?". *Science Fiction Studies* 9, No. 2 (July): 147-58.
- Jesi, Furio. 2014. *Spartakus. Simbología de la revuelta*. Traducción de María Teresa D'Meza Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- Kurlat Ares, Silvia. 2012. "La ciencia-ficción en América Latina: entre la mitología experimental y lo que vendrá". *Revista Iberoamericana*, 78, no. 238-39 (Enero-Junio): 15-22.
- Manrique, Nelson. 2002. *El tiempo del miedo. La violencia política en el Perú 1980-1996*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Matos Mar, José. 1986. *Desborde popular y crisis del Estado*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos ediciones.
- Quijano, Aníbal. 2000. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En *Colonialidad del Saber, Eurocentrismo y Ciencias Sociales*, edición de Edgardo Landier, 145-61. Buenos Aires: CLACSO-UNESCO.
- Salazar Bondy, Sebastián. 1974. *Lima la horrible*. Lima: Peisa.
- Salvo, Daniel. 2004. "Entre el desierto y el entusiasmo: panorama de la ciencia-ficción en el Perú". *El hablador* 3. Último acceso 16/08/2017. <http://elhablador.com/cf.htm>
- Stagnaro, Giancarlo. 2012. "La invención del futuro. Lima y la dimensión distópica en *Mañana, las ratas*, de José B. Adolph". *Revista Iberoamericana*, 78, No. 238-39 (Enero-Junio): 147-61.
- Virilio, Paul. 1999. *La inseguridad del territorio*. Traducción de Thierry Jean-Eric Iplícjian y Jorge Manuel Casas. Buenos Aires: La marca.

RODJA BERNARDONI

Rodja Bernardoni, se licencia en literaturas hispanoamericanas en la Universidad de Siena, Italia. En 2005 se especializa en el Master de Traducción literaria de la misma universidad. En 2010 se doctora en letras modernas en la Universidad de Pisa con una tesis sobre la violencia y la literatura contemporánea en el Perú. A partir de 2008 es miembro del CISAI ,Centro Interdepartamental de estudios sobre América Indígena, de la Universidad de Siena (confluido a partir de 2015 en el CISAP, Centro Interdepartamental de estudios sobre América Pluriversal de la Universidad de Cagliari). Ha sido profesor contratado de Literaturas hispanoamericanas en la Universidad de Siena y desde 2015 es docente de Traducción literaria y ensayística en la Universidad de Pisa. Es traductor y editor de algunos cuentos y novelas de Luisa Valenzuela y Óscar Colchado Lucio. Es autor de artículos, reseñas y de la monografía *El demonio andino. Arguedas en la obra de Vargas Llosa* publicado en 2016 por la Editorial Horizonte.

Rodja Bernardoni

Università di Pisa

rodjabernardoni@gmail.com

Recibido: 31/08/2017

Aceptado: 24/12/2017

This work is licensed under the Creative Commons © Rodja Bernardoni
Ciudad, marginalidad y violencia en *Mañana, las ratas* de José B. Adolph: entre realismo y
ciencia-ficción.

2017 | América Crítica. Vol. 1, n° 2, diciembre 2017: 167-182.

DOI: 10.13125/americacritica/3023
